

X

Un día M. Jourdain, ya todo un «mamamuchi», y habiendo aprendido la ortografía, llamó á su casa á los escritores más ilustres del siglo. Se acomodó en un sillón, les señaló con el dedo sillas de tijera, y les dijo:

«Señores: He leído vuestros chascarrillos; me han divertido, y quiero daros trabajo. Se lo he dado últimamente á vuestro colega, á Lulli. A petición mía ha introducido en los conciertos la trompa marina, instrumento armonioso en que nadie se había fijado aún, y que es de tanto efecto. Deseo que sigáis mis ideas como las ha seguido él, y os encargo un poema en prosa. Ya sabéis que todo lo que no es prosa es verso, y que todo lo que no es verso es prosa. Cuando yo digo: «Nicole, traedme las zapatillas y dadme el gorro de dormir», hago prosa. Tomad esta frase por modelo. Ese estilo es mucho más agradable que la jeringonza de renglones sin acabar que llamáis versos. En cuanto al asunto, seré yo mismo. Pintaréis la bata rameada que acabo de ponerme para recibiros y el trajecillo de pana verde que llevo debajo para mis ejercicios durante la mañana. Apuntaréis que la indiana cuesta á un luis la vara. Esa descripción bien perjeñada se presta á toques de muy buen viso, y enseñará al público el precio de las cosas. Quiero que habléis también de mis espejos, de mis alfombras y colgaduras. Mis proveedores os darán la nota; no dejéis de inser-

tarla en vuestra obra. Me gustará volver á ver allí al natural, con todos sus pelos y señales, el establecimiento de mi padre que vendía paño á los amigos por servirles, la cocina de mi criada Nicole, las habilidades de Brusquet, el perrillo de mi vecino M. Dimanche. También podréis explicar mis asuntos domésticos; nada más interesante para el público que saber cómo se gana un millón. Decidle también que mi hija Lucila no se ha casado con ese mequetrefe de Cleonte, sino con Samuel Bernard, que ha hecho fortuna, tiene coche y será ministro del rey. Por eso os pagaré generosamente á medio luis la vara de escrito. Volved dentro de un mes, y enseñadme lo que hayáis sacado de mis ideas.»

Nosotros somos hijos de M. Jourdain, y desde principios de siglo hablamos ese lenguaje á los artistas; los artistas nos escuchan. De ahí nuestra novela vulgar y nuestra novela realista. Suplico al lector que las olvide, que se olvide á sí mismo, que se haga por un instante poeta, noble, hombre del siglo xvi. A menos de enterrar al M. Jourdain, que alienta en cada uno de nosotros, ninguno de nosotros podrá entender á Spenser.

XI

Era de una antigua familia, emparentada con grandes casas; amigo de Sidney y de Raleigh, los dos caballeros más cumplidos del siglo; caballero á su vez, al

menos de corazón, por haber encontrado en su parentela, en sus amistades, en sus estudios y en su vida todas las circunstancias que podían elevarle hasta la poesía ideal. Se le ve alternativamente en Cambridge, donde se penetra de las más nobles filosofías antiguas; en un condado del Norte, donde siente un gran amor desgraciado; en Penshurst, en el castillo donde nació la *Arcadia*, con Sidney, en quien subsisten incólumes la poesía novelesca y la generosidad heroica del espíritu feudal; en la corte, donde se ostentan alrededor del trono todas las magnificencias de la caballería disciplinada y engalanada; finalmente, en Kilcolman, á orillas de un bello lago, en apartado castillo, desde donde la vista abraza un anfiteatro de montañas y la mitad de Irlanda. Pobre, en medio de todo, no hecho para la corte, ni obteniendo de sus patronos, á pesar de favorecerle la reina, más que empleos subalternos, cansado al fin de solicitar, quedó relegado á aquel peligroso dominio de Irlanda, de donde le expulsó la rebelión, quemándole casa é hijo. Tres meses después murió de miseria y con el corazón lacerado (1). Expectaciones y repulsas, muchas tristezas y muchos sueños, algunos halagos y de repente una horrible desgracia, escasa fortuna y un fin prematuro: he ahí una vida de poeta. Pero en él el verdadero poeta es el corazón; todo emana de esa fuente; las circunstancias no han hecho más que suministrarle asunto; las transformó más de lo que ellas le transformaron; dió más que recibió. Filosofía y paisajes, ceremonias y galas, esplendores del campo y de la corte, en todo lo que pintó ó pensó imprimió su interna nobleza. Ante todo

(1) *He died for want of bread in King street.* (Ben Jonson, citado por Drummond.)

es un alma prendada de la belleza sublime y pura, platónica por excelencia, una de esas almas exaltadas y delicadas, las más encantadoras de todas, que, nacidas en el seno del naturalismo, extraen de él su savia, pero le superan, se aproximan al misticismo, y se remontan por un esfuerzo involuntario para dilatarse hasta los confines de un mundo superior. Spenser conduce á Milton, y de ahí al puritanismo, como Platón conduce á Virgilio, y de ahí al cristianismo. La belleza sensible es perfecta en ambos, pero su primer culto es para la belleza moral. «Conducidme, dice á las musas, al escondido retiro donde mora con vosotras la Virtud, bóveda de plata que la oculta á los hombres y á los perversos desdenes del mundo.»

Alienta á su caballero cuando le ve flaquear; se indigna cuando le ve atacado. Se huelga de su equidad, de su templanza, de su cortesía. Inserta al principio de un canto largas estancias en honor de la amistad y de la justicia. Se detiene, después de referir un bello rasgo de castidad, para aconsejar á las damas que sean púdicas. Prodigia á los pies de sus heroínas el tesoro de sus respetos y sus ternuras. Si algún desalmado las insulta, clama auxilio á toda la naturaleza y á todos los dioses. Jamás las presenta en escena sin adornar su nombre con alguna magnífica alabanza. Para la belleza tiene adoraciones dignas de Dante y de Plotino. Y es que no la considera como una simple armonía de colores y de formas, sino como una emanación de la belleza única, celeste, imperecedera, que no pueden percibir ojos mortales, y que es la primera obra del gran obrero de los mundos (1). Los cuerpos

(1) *Himnos al amor y á la belleza,—al amor y á la belleza celestes.*

no hacen más que sensibilizarla; no reside en los cuerpos; las gracias y el atractivo no están en las cosas, sino en la idea inmortal que luce al través de las cosas. «Ese delicioso tinte blanco y bermejo que colorea las mejillas se borrará. Esas dulces hojas de rosa tan delicadamente extendidas sobre los labios se marchitarán y caerán para tornar á ser lo que eran, barro corrompido. Esos cabellos de oro, esos ojos que brillan como estrellas refulgentes, volverán á convertirse en polvo y perderán su hermosa luz. Pero la hermosa lámpara, cuyos celestes rayos encienden el fuego de los amantes, esa no se extinguirá ni se amortiguará nunca, sino que cuando todo aliento vital expire, volverá á su planeta nativo: allá arriba nació, y no puede morir, como partícula que es del más puro de los cielos.» Ante esa idea de la belleza, el amor se transforma. Es el soberano de la verdad y de la rectitud, «y con alas de oro se remonta por encima del polvo vil hasta el empireo sublime, fuera del alcance del innoble deseo sensual, que, como un topo, yace en la tierra».

Encierra en sí todo lo bueno, bello y noble. Es la fuente primera de la vida y el alma eterna de las cosas. Es el que, apaciguando la discordia primitiva, ha formado la armonía de las esferas y sostiene este glorioso universo. Habita en Dios; es Dios mismo; ha descendido aquí bajo forma corpórea para reparar el mundo vacilante y salvar la raza humana; alrededor de los seres y dentro de los seres, cuando nuestros ojos traspasan las apariencias, le vemos como una luz viva que penetra y abraza toda criatura. Tócase aquí la sublime y aguda cumbre en que se encuentran el mundo del espíritu y el mundo de los sentidos, y en que el hombre, cosechando á manos llenas las flores

más hermosas de ambas vertientes, es á la vez pagano y cristiano.

XII

Esto en lo tocante al corazón; en lo demás, es poeta, es decir, creador y soñador por excelencia, creador y soñador de la manera más natural, más instintiva, más sostenida. Por mucho que se describa ese estado interior de los grandes artistas, siempre queda por describir. Es una especie de vegetación que se desarrolla en su espíritu: á cada paso brota un boton: tras ese, otro, y otros más, pululando y floreciendo de suyo cada uno, en términos que al cabo de un instante se ve toda una planta, á poco un macizo, y, por fin, un bosque. Se les aparece un personaje, luego una acción, un paisaje después, y tras esto una serie de acciones, de personajes y paisajes que se completan y engarzan á favor de un desarrollo involuntario, como nos sucede cuando contemplamos en sueños un cortejo de figuras que, por su propia fuerza, se despliegan y ordenan ante nuestros ojos. Esa fuente de formas vivas y cambiantes es inagotable en Spenser; siempre *imagina*; es su estado natural. Parece como si no tuviese más que cerrar los párpados para despertar las apariciones; afluyen á él, se agolpan, se amontonan; llega uno á pensar que, por más que las prodigue, seguirán rebosando, más amplias y más apiñadas cada

vez. Siguiendo su enjambre inagotable, he pensado á menudo en esos vapores que salen continuamente del mar, y suben haciendo visos y entretejiendo sus volutas de oro y de nieve, mientras debajo de ellos se elevan nuevas brumas, y debajo de éstas otras más, sin que nunca pueda palidecer ni detenerse la brillante procesión.

Pero lo que le distingue de todos es la manera como imagina. Por lo común la mente fermenta en los poetas violentamente y á sacudidas; sus ideas se juntan, chocan, se traban de pronto formando masas, y brotan en expresiones punzantes, penetrantes, que las concentran; parecen como si exigiesen esas acumulaciones súbitas para imitar la unidad y la energía viva de los objetos que reproducen; por lo menos, casi todos los poetas del tiempo, con Shakespeare á la cabeza, proceden así. Spenser permanece sereno en lo más empeñado de la invención. Las visiones que producirían fiebre á otro espíritu, á él le dejan en calma. Llegan y se desarrollan fácil é íntegramente, sin interrupción, sin sacudidas. Es épico, es decir, *narrador*, y no cantor como un autor de odas, no mímico como un autor de dramas. Ningún moderno se asemeja más á Homero. Como Homero y los grandes narradores, no encuentra más que imágenes enlazadas y nobles, casi clásicas, tan próximas á las ideas, que el pensamiento penetra en ellas de suyo, sin notarlo. Como Homero, siempre es claro y sencillo, no da saltos, no omite ninguna razón, no desvía ninguna palabra del sentido primitivo y corriente, conserva el orden natural de las ideas. Como Homero también, tiene redundancias, candideces, puerilidades. Lo dice todo, se extiende en reflexiones que ha adivinado de antemano todo el mundo; repite hasta la saciedad los grandes

epítetos de adorno. Se comprende que ve los objetos á una bella luz uniforme, con un detalle infinito; que quiere mostrar todo ese detalle; que no teme nunca ver alterarse ó desaparecer su feliz visión; que sigue sus contornos con un movimiento regular, sin acelerarse ni retardarse nunca. Pero se extiende desmedidamente; se olvida demasiado del público; propende en demasía á abandonarse y á divagar en presencia de las cosas. Su pensamiento se despliega en vastas comparaciones reduplicadas, semejantes á las del viejo narrador jonio. Si cae herido un gigante, le compara á un árbol secular crecido en la cima más alta de una montaña roquiza, cuyo corazón ha desgarrado el tajante acero, y que, inclinándose de pronto sobre el crujiente pie, rueda por los peñascales con estrépito espantoso; y después á un magno castillo que, minado por artes pérfidas, se desploma sobre sus conmovidos cimientos, y cuyas torres erguidas y acumuladas hasta el cielo hacen más tremenda la caída.

Desenvuelve todas las ideas que maneja; desarrolla todas sus frases en períodos. En vez de concentrar, se explaya. Para ese amplio pensamiento y su cortejo, no le basta con menos que con la estancia inmensa, renaciente sin cesar, de largos versos de rimas alternadas y repetidas, cuya uniformidad y amplitud recuerdan los rumores majestuosos que circulan eternamente por los bosques y los campos. Para desplegar esas facultades épicas, y para desplegarlas en la región sublime donde esa calma se cierne, no se necesita nada menos que la epopeya ideal, es decir, asentada fuera de lo real, con personajes que apenas existen y en un mundo que no puede estar en ninguna parte.

Varias veces anduvo rondando á tientas entre sonetos, elegías, poesías pastoriles, himnos de amor, pe-

queñas epopeyas risueñas(1); no son más que ensayos, incapaces en su mayoría de revelar su genio. Sin embargo, ya en ellos se desborda su magnífica imaginación: dioses, hombres, paisajes, el mundo que pone en movimiento está á mil leguas del mundo en que vivimos. Su *Calendario del pastor* (2) es un poema bucólico, soñador y tierno, lleno de amores delicados, de nobles tristezas é ideas elevadas, donde no hablan más que pensadores y poetas. Sus *Visiones de Petrarca y de Du Bellay*, son sueños admirables, donde se suceden como en una fantasmagoría oriental, palacios, templos de oro, paisajes espléndidos, ríos centelleantes y aves maravillosas. Si canta un epitalamio, ve venir dos bellos cisnes, blancos como la nieve, que al son de los cantos de las ninfas se deslizan entre las flores bermejas, al paso que el agua transparente besa sus plumas de seda y murmura de placer. Si llora la muerte de Sidney, Sidney se trueca en pastor, á quien matan como á Adonis, y en cuyo derredor se congregan las ninfas llorosas. Se transforma, con su dama, en una flor «roja y azul», que empieza por ser roja, y luego palidece como él tornándose azul.

Entonces aparece en su centro una estrella, tan hermosa como estrella de los cielos, semejante á Stella en su época más lozana, cuando sus ojos despedían rayos de belleza. Todo el día está allí impregnada de rocío: son las lágrimas que corrieron de sus ojos (3). Así se tornan en magia sus sentimientos más sinceros. La magia es el molde de su espíritu, é imprime su

(1) *The Shepheard's Calendar, Amoretti, Sonnets, Prothalamion, Epithalamion, Muiopotmos, Virgil's Gnat, The Ruins of time, The tears of Muses, etc.*

(2) Publicado en 1589; dedicado á sir Felipe Sidney.

(3) *Astrophel*.

forma á cuanto él imagina como á todo lo que piensa. Involuntariamente despoja á los objetos de su forma ordinaria. Si mira un paisaje, al cabo de un rato le ve completamente distinto. Sin darse cuenta, le transporta á una tierra encantada; el azul del cielo resplandece como una cúpula de diamantes; cubren las praderas bosques de flores; por la suave atmósfera revolotea un pueblo de pájaros; entre los árboles resplandecen palacios de jaspe; en los balcones labrados sobre las galerías de esmeraldas, aparecen damas radiantes. Ese sordo trabajo del espíritu se parece á las lentas cristalizaciones de la naturaleza. Se echa una rama húmeda al fondo de una mina, y se saca una girándula de diamantes.

Por fin, encuentra el asunto adecuado: es la mayor fortuna con que puede soñar un artista. Saca la epopeya del terreno común, de aquel en que expresa creencias efectivas y pinta héroes nacionales, como hacen Dante y Homero. El nos conduce á lo más alto del país de las hadas, por encima de todas las cumbres de la historia. Es más arriba aún que el país de las hadas: es á ese limite extremo en que los objetos se desvanecen y principian las puras ideas. «He emprendido (1), dice, mi poema, para representar todas las virtudes morales, asignando á cada una un caballero como padrino y defensor, á fin de expresar las obras de esa virtud y de abatir y vencer los apetitos desordenados y los vicios opuestos, mediante hechos de armas y de caballería.» Efectivamente: en el fondo del poema introduce una alegoría; y no porque sueñe en ser ingenioso, enigmático ó moralista. No somete la ima-

(1) Le atribuye estas palabras Ledowick Bryskett, *Discourse of civil life*, 1606.

gen á la idea; es un *vidente*, no un filósofo. Los personajes que presenta son personajes vivos, y vivas son sus acciones; lo que hay es que los palacios encantados y todo el cortejo de apariciones resplandecientes tiembla y se desgarran á trechos como un vapor, dejando entrever el pensamiento que las suscita y ordena. Cuando en su jardín de Venus vemos dispuestas por orden, esperando el ser, las infinitas formas de todas las cosas vivas, concebimos con él el alumbramiento del amor universal, la fecundidad incesante de la gran madre y la fermentación misteriosa de las criaturas que alternativamente surgen de su seno profundo. Cuando vemos á su caballero de la Cruz combatir con un monstruo, semimujer, semiserpiente, y defender á Una, su querida dama, recordamos vagamente que, si penetrásemos al través de esas dos figuras, encontraríamos bajo la una la Verdad y bajo la otra el Error. Comprendemos que sus personajes no son de carne y sangre, y que todos esos brillantes fantasmas no son más que fantasmas. Nos recreamos en su esplendor sin creer en su consistencia; nos interesamos por sus acciones sin alterarnos por sus males. Sabemos que su llanto y sus clamores no son verdaderos. Nuestra emoción se purifica y se eleva. No caemos en la grosera ilusión; disfrutamos del goce de soñar á sabiendas. Estamos, como él, á mil leguas de la vida real, fuera del alcance de la compasión dolorosa, del terror fiero, del odio hostigador y punzante. No encontramos ya en nosotros más que sentimientos delicados, á medio formar, suspendidos en el momento en que iban á afectarnos con demasiada fuerza. No hacen más que rozarnos, y sentimos una viva satisfacción al vernos libres de la creencia que nos agobia.

XIII

¿Qué mundo podía suministrar materiales á una fantasía tan elevada? No había más que uno: el de la caballería; porque ninguno está más lejos de lo real. Solitario é independiente en su castillo, libre de todas las trabas que la sociedad, la familia y el trabajo imponen comúnmente á las acciones, el hombre feudal había acometido todas las aventuras; pero aún había imaginado más de las que había acometido: la locura de sus sueños superaba á la audacia de sus empresas; su cabeza, falta de un empleo útil y de una regla aceptada, había dado mil vueltas á lo irracional y á lo imposible, y la persecución del tedio agrandó desmedidamente la sed de excitaciones. Bajo este aguijón, su poesía llegó á convertirse en una fantasmagoría. Insensiblemente habían vegetado y pululado en los cerebros las invenciones extrañas, amontonándose unas sobre otras, como hiedras que se enroscan alrededor de un árbol, y el primitivo tronco desaparecía bajo su pompa y acumulación. Las delicadas imaginaciones de la antigua poesía galesa, los restos grandiosos de las epopeyas germánicas, los maravillosos esplendores del Oriente conquistado, todos los recuerdos diseminados en los espíritus de los hombres por cuatro siglos de aventuras se habían acumulado en un gran sueño, y los gigantes, los enanos, los monstruos, toda la turba-multa de las criaturas imaginarias, de las hazañas